



Voces de Insight
Angela

INSIGHT EXCHANGE

Artwork © Louise Whelan

QUERIDA / O LECTOR / A,

Las Voces de la Insight son descripciones desidentificadas de personas con experiencia vivida de de violencia interpersonal, familiar, sexualizada y otras adversidades. Se han desarrollado mediante el proceso de entrevistas de Insight Exchange, que ha sido diseñado para afirmar la agencia, sostener la dignidad y apoyar la seguridad.

Las reflexiones revelan las formas en que la persona se ha resistido y ha respondido a la violencia ejercida contra ella. Las descripciones revelan parte del contexto en el que se ha producido la violencia, cómo han respondido otras personas, servicios y sistemas, y cómo estas respuestas han sido útiles, inútiles o perjudiciales.

Nuestro agradecimiento a cada persona que ha compartido sus reflexiones en beneficio de muchas y muchos.

Reconocemos que, a pesar de nuestros mejores esfuerzos por escuchar las experiencias vividas de violencia y abuso, nunca podremos comprender plenamente todo lo que las experiencias de una persona significan para ella ahora o a lo largo de su vida. Entendemos que las experiencias vividas, pasadas y presentes, nunca podrán plenamente representarse en el lenguaje ni en ninguna otra forma.

GRACIAS.

Diría que la mayor parte de mi infancia fue violencia doméstica, sólo que entonces no se reconocía como tal; era la década de 1950. No ha habido descanso del abuso en mi vida desde que era muy pequeña.

Nací en Albury, en el campo. Mi padre era un ambicioso propietario de una pequeña empresa, y nos mudábamos mucho porque siempre estaba buscando su próxima oportunidad. Así que fui a muchas escuelas diferentes en mi infancia. Mi padre se sumergía en el trabajo. Acabó con un negocio en los suburbios del este de Sídney; todo giraba en torno a su superación personal, todo giraba en torno a él. Era muy egoísta.

Mi madre y mi padre no tuvieron un matrimonio feliz. Nuestra familia era católica estricta, el hombre era la cabeza de familia, así fue como crecí. Mi madre no cuestionó a mi padre hasta que, creo que yo tenía unos 12 años, empezó a enfrentarse a él. Mis padres permanecieron juntos, pero era una zona de guerra. Antes de irnos de Albury, pasé mucho tiempo con mi abuela, que me llevaba con su madre y su hermana. Desde que era una bebé, mi abuela me llevaba con ella todo el tiempo, solo a mí. Era la nieta mayor, así que supongo que me consentía. Me querían mucho. Y yo era una buena niña. Tenía que estar callada todo el tiempo y siempre lo estaba. Veían la bondad en mí. Pero creo que mi madre estaba celosa. Mi padre y mi madre decían: “es culpa de tu abuela, te ha malcriado”. Ser malcriada significaba que yo era una mala persona. Eso no me gustaba. Así que culpaban a mi abuela porque me había “malcriado”.

“

“Es culpa de tu
abuela, te ha
malcriado”.

”

Mi padre abusó físicamente de mí desde los nueve hasta los trece años, que fue cuando me enviaron a otro hogar. Lo hacía todo el tiempo. Al ser la mayor, siempre tuve mi propia habitación. Él cerraba la puerta con llave y me golpeaba, mi madre nunca golpeó la puerta ni la derribó ni nada.

Mi habitación estaba en el primer piso y daba a la estación de la policía. Todavía tengo pesadillas en las que grito “auxilio, auxilio, auxilio” a esa estación de policía. Y una vez, probablemente tendría unos 11 años, metí los puños por la ventana gritando “auxilio, auxilio, auxilio”, pero la policía nunca me ayudó. Todavía recuerdo el nombre del sargento. Supongo que hace tiempo que se fue, pero la policía nunca interfirió ni hizo nada. En aquella época no era así.

Mi padre era la cabeza de familia, así que podía hacer lo que quisiera. Empezó a abusar sexualmente de mí en el baño desde que era una bebé; de formas de las que entonces no estaba segura, pero que ahora sé que eran reales. Recuerdo que cuando tenía siete u ocho años, atrancaba la puerta cuando estaba en el baño para evitar que él entrara. Para protegerme.

Creía que todo era mi culpa porque nunca me protegieron. Mi madre nunca detuvo los abusos que sufría ni venía a verme al día siguiente para preguntarme cómo me sentía. Era como un abuso silencioso que nunca se reconocía.

Incluso antes de empezar la primaria, ya era obediente, era una niña buena, buena. Vivíamos a la vuelta de la iglesia y de la escuela. Mi madre me hacía llevar a mi hermano pequeño a misa, no podíamos decir “iglesia”. Éramos comulgantes diarios.

Nos mandaban a misa todas las mañanas antes de ir a la escuela. Creo que mi madre lo hacía para librarse de nosotros. Creo que nací para cuidar a mis hermanos por mis padres. Cuando yo tenía nueve años y medio, había cinco más pequeños, así que tuve una infancia muy ocupada cuidando de ellos. Si decías una palabra mal, tenías que confesarte. Pero si ibas todos los días, no había tiempo para cometer pecados. Todos los días tenías que inventarte pecados porque no habías hecho nada malo, tenías que ir a confesarte y decirle al cura que habías pecado. Así que me inventaba pecados porque no tenía pecados que decir. Sólo tenía que seguir la corriente y ser una buena chica católica. Me educaron para ser obediente, para hacer lo que me decían.

Me esforzaba por ser la mejor cuando era joven, y en la escuela solía ser el primer, segundo o tercer lugar en la mayoría de las clases cada trimestre, pero siempre era la primera en Religión. Mi madre se sentía muy orgullosa de que me premiaran en Religión. Nadie me ganaba a ser católica cuando iba a la escuela, nadie.

Fui obediente hasta que me rebelé.

Cuando me acercaba a los trece años, ya no podía seguir siendo esa obediente y buena colegiala católica. Era demasiado doloroso. Tenía que cambiar. Tuve que cambiar mi personalidad, todo para sobrevivir. Tenía que ser una persona diferente porque el dolor era demasiado fuerte.

La depresión empezó como respuesta a los abusos de mi padre, y las cosas empezaron a importarme menos.

“

Tenía que ser una
persona diferente
porque el dolor era
demasiado fuerte.

”

Seguía siendo obediente; seguía siendo una buena chica, pero la violencia y la depresión fueron la causa de que empezara a importarme menos. Empecé a rebelarme. En aquella época en el campo, el médico, el farmacéutico, el director de la escuela, las monjas, el cura y los empresarios pertenecían a la élite y no se relacionaban con mucha gente. No se nos permitía jugar con no católicos, en aquellos días, los llamábamos 'públicos' - no podía tener amigos no católicos. Tenía amigas y si pasábamos por delante del negocio de papá, no podía seguir caminando con mis amistades, siempre tenía que estar pendiente de que mi padre no me viera. Supongo que era un poco rebelde y tenía amigos que no aprobaban.

No hacía lo que me decían. Sencillamente ya no podía ser esa niña buena. Todavía tenía que subir la colina como siempre con mis hermanos para ir a la escuela. Pero no podía seguir siendo la niña buena. Me hubiera muerto. Así que tuve que tener otra personalidad, en la que nada me importaba.

Pensaba que tenía esquizofrenia, como diferentes personalidades, porque había leído el libro Sybil. Entonces no lo entendía. Para mí, era el tipo de chica buena/chica mala. Pero entonces no entendía del todo la esquizofrenia y mi hermano no la tenía. Sólo sabía que tenía que hacer algo.

Me ponía de rodillas y juntaba las manos como una católica, “por favor, por favor, por favor envíenme al Hogar de Niñas de Parramatta”, porque era el único hogar de niñas que conocía cuando vivía en el campo. Les rogaba que me enviaran al Hogar de Niñas de Parramatta.

“

“Ninguna niña
debería vivir así”

”

Pero no lo hicieron por la vergüenza que habría supuesto para nuestra familia. En aquellos días las cosas se mantenían a puerta cerrada. Llegué a un punto en el que no podían controlarme. Mi madre habló con una monja de los abusos que yo sufría. No me habló de ello, pero me contó que esa monja le dijo “ninguna niña debería vivir así”, así que mi madre me envió a vivir con mis abuelos en los suburbios de Sídney.

Mi madre sólo me mandó porque se lo dijo una monja. Mi madre era tan católica, hasta el día de su muerte, que hizo lo que le dijo la monja. Los curas y las monjas estaban en lo alto del pedestal, y todo lo que decían era como si Dios lo decía.

Siempre me decían que era “una mala persona”. Siento que, en cierto modo, mi hermano mayor, Chris, y yo éramos como corderos de sacrificio. Chris ha vivido en hospitales psiquiátricos la mayor parte de su vida. Sé por qué. Lo sé. Lo recuerdo. Fue abusado cuando era un pequeñito de preescolar. Mis hermanos menores no recuerdan tanto como yo lo que le pasó. Prendió un fuego cuando estaba en preescolar; y quemó un potrero - era el potrero de un buen vecino católico. Entonces mi madre lo encerró en el baño, esperando a que mi padre volviera a casa. Recuerdo aquel día que volvía de la escuela y oí sus gritos antes de doblar la esquina. Solía pensar: “¿le hizo mi padre a mi hermano lo que solía hacerme a mí desde que tenía nueve años hasta los trece?, ¿Se lo hizo mi padre antes de que empezara a ir a la escuela?”

Con mi hermano había mucha violencia; por eso los más pequeños lo odian.

Mi hermano le gritaba a mi padre y era violento con mi madre. Y mi hermano menor tenía que quitárselo de encima a mi madre. Mis hermanos no se preocupan por él, lo desprecian, pero no entendían el abuso que sufrió cuando era joven.

Soy la única que se acuerda.

Keith y yo también estábamos muy unidos, éramos los tres mayores, Chris, Keith y yo, éramos los tres. Keith tomaba las mismas drogas que Chris, pero no acabó con esquizofrenia crónica ni nada parecido. Creo que el maltrato físico de mi padre a Chris lo predisponía a la esquizofrenia.

Mis dos hermanas menores fueron tratadas de manera diferente por mis padres. Mi hermano menor, que estaba en medio de las dos hermanas pequeñas, aprendió a no pedir nada, mientras que a mis hermanas las consentían y les compraban todo.

Odio que la gente juzgue a los demás sin saber lo que les pasa ni por qué hacen lo que hacen. Mis hermanos juzgan a mi hermano por su enfermedad mental.

Soy la única que recuerda los abusos, pero eso no les interesa. Me aseguro de que lo cuiden. Él me quiere y yo lo quiero a él y a los demás. Doy la cara por él.

Keith falleció hace casi cuatro años, era mi ídolo en la familia y quien veía la bondad en mí.

También compartió conmigo la carga de mi hermano enfermo. Keith era profesor de Historia e Inglés. Una de las cosas más importantes que

“

Mi misión ha sido
intentar hacer eso, para
poder morir con el
corazón tan ligero como
una pluma.

”

aprendí de él fue algo que me dijo sobre los antiguos egipcios: Todos querían morir con el corazón tan ligero como una pluma. Mi misión ha sido intentar hacer eso, para poder morir con el corazón tan ligero como una pluma, sin odio en mi corazón.

Cuando murió, nos reunió brevemente a mi hermano menor y a mí. Vino y se quedó conmigo cuatro días y me contó la historia de lo que pasó después de que me fuera cuando tenía 13 años. Y cómo mis padres, cambiaron mi historia e hicieron parecer que yo era una mala persona. Siempre pensé que eso es lo que iban a hacer y lo hicieron. Le dije a mi hermano: “Iba a ser monja a los 12 años, ¿cómo iba a ser una mala persona?”.

Pero era como un secreto que nadie a mi alrededor creía. Cada vez que mi padre abusaba de mí, yo estaba allí gritando, gritando, gritando, y mi madre estaba sentada al otro lado de la puerta compadeciéndose de él porque yo estaba allí gritando. ¿Qué se suponía que debía pensar? Así que yo era una mala persona.

En cuanto me fui a vivir con mis abuelos, Chris y Keith fueron enviados a un internado. Así que se deshicieron de tres de nosotros al mismo tiempo y nos educaron en colegios católicos. Los tres estábamos muy unidos. Mis padres se deshicieron de la mitad de su familia de una sola vez. Creo que mis padres querían deshacerse de nosotros.

Cuando me enviaron a vivir con mis abuelos, podía hacer lo que quería. Nadie me decía lo que tenía que hacer. Mi madre y mi abuela me permitieron fumar cigarros a los 13 años. Nadie

me educó realmente. Eso me alejó de mi padre, pero me envió a un tipo diferente de abuso. No por parte de mis abuelos, pero sufrí muchos abusos sexuales cuando intentaba llegar a la estación de tren para ir a la escuela, a una escuela católica de niñas. Hasta 14 hombres me recogían y me violaban al menos una vez a la semana y luego me dejaban en la puerta de la escuela. No había muchas maneras de intentar salir de casa de mis abuelos para llegar a la estación de tren, y no importaba cómo lo intentara, siempre me encontraban, esos hombres.

Las monjas ni una sola vez me preguntaron por qué me presentaba en el colegio por la tarde. De niña sufría mucho de eczema, y el de mis piernas estaba en carne viva y sangraba. Tenía que entrar en la escuela, con el espermatozoides de 14 hombres corriendo por mi eczema en carne viva y sangrando. Es repugnante. Era tan sólo una niña; no sabía qué hacer. Tenía que aguantarlo todo. Y las monjas no me cuestionaban porque yo era una rareza para ellas en esa época porque vivía con mis abuelos. Las chicas me preguntaban: “¿Tus padres están divorciados?”. Y yo decía, “no”. Yo era una rareza como estudiante católica porque no vivía con mis padres. Simplemente aparecía en la escuela. Los hombres me dejaban en la puerta principal cuando terminaban conmigo, y nadie me protegía, las monjas no me preguntaban “¿dónde has estado?, ¿qué te pasó?”.

En el catolicismo de entonces no existía el divorcio y yo no encajaba en lo que debía ser una estudiante católica. Como era católica, creía que los abusos sexualizados eran culpa mía.

“

Tuve que ponerme en
peligro para proteger a
mis abuelos.

”

Después de los abusos, llegaba de la escuela a la casa y me tomaba una sobredosis de pastillas de mi abuela para dormir. Mi abuela siempre tenía medicinas y esas cosas. Recuerdo que la primera vez me tomé más de una pastilla. No sabía si esa cantidad me iba a matar o no, así que a partir de los 13 años empecé a tomar sobredosis de las pastillas de mi abuela después del medio día por haber sido violada por tantos hombres. Y eran hombres, no muchachos.

A veces, por la noche o los fines de semana, esos hombres estaban afuera, o estacionados en la calle, y tiraban piedras al techo de mis abuelos. No podía decírselo a mi abuela. Vivían en un buen vecindario. Mis abuelos eran ancianos. Al final, me veía obligada a salir y ser violada de nuevo porque mis abuelos tenían miedo. Me preguntaban: “¿Por qué hay gente que nos tira piedras al techo?”, y cosas así. Así que tenía que salir para impedir que tiraran piedras al techo. Tuve que ponerme en peligro para proteger a mis abuelos. Tuve que hacerlo. Protegía mucho a la gente, pero siempre pensaba que era culpa mía, siempre.

Conocí a una amiga cuando llegué a Sídney, nos conocimos en la estación, ella no iba a mi escuela, simplemente nos conocimos en la estación y nos hicimos amigas. Sabía lo de los abusos y las pastillas. Cada vez que volvía a la casa, ella venía, se sentaba conmigo y me contaba historias mientras yo tomaba las pastillas y me quedaba dormida. Ella sabía lo que me estaba pasando.

Se preocupaba, pero no podía hacer nada. ¿Qué podía hacer? Sólo tenía 13 años, pero lo sabía. Vivía a la vuelta de mi casa, así que nos veíamos todos los días. Sabía lo de los hombres. Es la única.

Ahora sigue siendo mi amiga. Éramos amigas desde que llegué a Sídney a los 13 años. Es lindo que alguien comparta la vida contigo y te recuerde desde esa edad. Mi vida ha sido realmente un continuo de abusos sin muchas pausas. Me enviaron con mis abuelos para que estuviera a salvo, pero no lo estaba, no había nadie que me protegiera y no podía contarles a mis abuelos lo que estaba pasando. Las monjas no me protegían.

Llevaba casi dos años en Sídney, cuando mis padres también se mudaron y mis hermanos regresaron del internado y los enviaron a una escuela pública local. Fue entonces cuando mi familia se desmoronó.

Mis padres habían empezado a dejar un poco el rollo católico estricto. Mi padre empezó a tener otras mujeres. Puedo entender esa parte de su vergüenza. Y con mi madre, también puedo entender que él tuviera otras mujeres. Mi madre tenía una boca estúpida y nunca sabía cuándo cerrarla. Dejó de ser católico practicante porque tenía otras mujeres en su vida.

Mi padre era un bebedor. Después del trabajo, siempre iba al bar; siempre. Supongo que en aquella época no sabíamos que era alcohólico, porque era funcional. Tenía 40 o 50 personas trabajando a sus órdenes cuando estaba en Sídney. Era el jefe y funcionaba. Pero cuando iba al bar después del trabajo y volvía a casa después de beber, empezaban a discutir. La mayoría de las veces me quedaba con mis abuelos. Podía arreglármelas sola. No me decían lo que tenía que hacer ni nada por el estilo.

Prefería quedarme con mis abuelos porque quería a mi abuela y mi abuela me quería a mí. El verdadero amor que tuve fue el de esa generación de la familia. Veían la bondad en mí.

Dejé la escuela cuando cumplí 15 años. Dejé la escuela para poner fin a los abusos; tenía que hacerlo. Tenía que protegerme de esos hombres. Mi madre vino, y dejé la escuela tal vez el viernes, mi elección, y luego ella tenía un trabajo para mí el lunes. Así que trabajé en la ciudad durante unos seis meses.

Me quedé embarazada a los 15 años. Fui violada por tres hombres al mismo tiempo que me quedé embarazada. El padre de mis hijos, mi primer marido, también estaba involucrado desde que yo tenía 13 años. Era cinco años mayor que yo. Pero supongo que, con él, fue como, tal vez alguien me ame. Tal vez. No lo sé. No sabía si estaba embarazada del padre de mis hijos o de los hombres que me violaron. Hubo un juicio por eso. Los tres hombres fueron acusados de “acceso carnal (coito ilegal)”, y también el padre de mis hijos. Al final, los tres hombres que me violaron salieron libres, pero el padre de mis hijos fue acusado de “acceso carnal (coito ilegal)”. Tengo la sensación de que se casó conmigo para librarse de la acusación. Era un cobarde; cualquier hombre que golpea a mujeres y niños es un cobarde.

Mis padres me enviaron a casa para madres solteras. Mi padre no quería verme embarazada, así que me enviaron muy pronto. Volví a ser la niña obediente; volví a ser “la niña buena”.

Solía alimentar a todos los bebés del hospital; las enfermeras me adoraban. Solía alimentar a

todos los bebés de las madres solteras que estaban aislados allí; los ponían en otro lugar. Eran los años 60, en esa época éramos consideradas malas personas. Éramos algo que había que esconder. Éramos mujeres sin escrúpulos, supongo; madres solteras. Incluso nuestros bebés estaban separados de los demás.

Cuando nació mi hija, yo era demasiado joven para quedármela. Hice lo que me dijeron y la dieron en adopción. En aquella época tenías 30 días para recuperar a tu hija. Cuando nació mi hija, se suponía que yo no podía ver a la niña porque la daban en adopción. Pero yo estaba allí dando de comer a todos los bebés, se suponía que no debía verla, pero la vi. Cuando nació, supe que era de él, supe que era su padre, lo supe enseguida.

Como era demasiado joven, no pude adoptar a mi hija por mi cuenta, y mis padres no me apoyaron. No tuve nada que ver con el padre de mis hijos durante todo el embarazo. Y entonces empezó a acosarme de nuevo. Así que la única forma de recuperar a mi hija era irme con él, porque él tenía 21 años y era lo suficientemente mayor. Así que me fui con él, hice las maletas y me fui con mi maleta de la escuela, algo de ropa y mi muñeco de payaso. No me puse en contacto con mis padres ni con mis abuelos durante unas seis semanas. Me fui con él y recogí a mi hija. Era la única manera de recuperar a mi hija.

Cuando volví a contactar con ellos, mi madre y mi abuela me dijeron: “No puedes vivir en pecado, los católicos no pueden vivir en pecado”. Así que organizaron para que me casara.

“

La única forma de
recuperar a mi hija
era irme con él.

”

Mis padres volvieron a lavarse las manos y yo volví a ser obediente. Organizaron mi boda en una iglesia católica. Yo no pedí casarme; sólo hacía lo que me decían. Tenía 16 años.

El día de la boda recuerdo a mi padre acompañándome al altar. Y la forma en que me habló... me dio un enorme sermón sobre la vergüenza que traje a la familia, lo mala persona que era y lo vergonzosa que era. Fue horrible. Él estaba haciendo esto mientras íbamos caminando por el pasillo. Me hablaba en privado, así que sólo yo podía oírlo. Era una iglesia grande y no había mucha gente. Estaban todos adelante y nosotros atrás.

Y lo único que yo quería hacer era darme la vuelta y salir corriendo de aquella iglesia. Sólo quería huir, pero lo que me hizo seguir adelante fue la comida de después. Mi abuela y mi tía se habían tomado la molestia de preparar la comida. Y pensé, “voy a arruinar todo eso”. Así de joven e ingenua era. Seguí caminando por el pasillo recibiendo este sermón de mi padre, pensando en mi abuela y en todo el trabajo que se habían tomado para preparar la comida para después de casarme. Por eso seguí caminando por el pasillo. Si me hubiera dado la vuelta y hubiera huido, habrían pensado peor de mí.

Yo era alguien caminando hacia su destino como si eso fuera lo que tenía que hacer. Realmente no tenía elección. No podía darme la vuelta y huir, aunque quisiera. Me entregaron a un psicópata narcisista, violento y cruel.

Había empezado a abusar de mí desde que tenía 13 años. Siempre pensé que era culpa mía.

Ahora puedo ser sincera y honesta, pero antes no podía hablar así. Me fui a vivir con él cuando nos casamos y, once meses después, tuve una segunda hija. Estuve enferma después de que naciera mi segunda hija y mi médico, que era católico, no me recetó la píldora anticonceptiva. En las escuelas católicas no se hablaba de anticonceptivos ni nada parecido. Las monjas no hablaban de esas cosas.

El padre de mis hijas parecía creer que yo era algo así como un juguete sexual. Yo era algo que él podía violar, con lo que podía hacer lo que quisiera, cuando quisiera, y lo hizo. Y entonces tuve a mi hijo. Entonces, entre los 16, 17, 18 años, tuve tres hijas/os. Tuve a mi cuarta hija cuando tenía 22 años. Me pegaba con regularidad cuando estaba embarazada de mi segundo, tercero y cuarto hijo/a. Me quedé embarazada tres veces el año siguiente al nacimiento de mi cuarta hija, y tuve tres abortos. Sólo quería mantenerme con no sé cuántos hijos. Sólo quería mantenerme allí, encerrarme y tirar la llave.

Secretamente, yo sabía que no estaba haciendo nada malo. Él llegaba a la casa, abría el refrigerador y si se le daba la gana, aventaba todo por las paredes y el techo. Todo. Recuerdo que mi hija mayor se quedaba despierta toda la noche conmigo limpiando las paredes. Pero en mi ser interior, siempre supe que el abuso estaba mal.

Y todavía tenía una abuela que vivía. Pero mi abuela falleció cuando yo tenía 22 años. Así que, hasta los 22, todavía tenía a alguien que me quería, creía en mí y sabía que yo era una buena persona.

“

Secretamente, yo
sabía que no estaba
haciendo nada malo.

”

A veces me defendía. Una vez, me subí al coche porque me iba a golpear. Así que se subió al techo del coche y yo empecé a manejar; no iba a salir del coche, me hubiera matado. Él estaba en el techo, y yo manejé un buen trecho con él en el techo y disfruté del miedo en su cara. Estaba asustado, estaba asustado. Pero me hubiera matado. Lo disfruté. Esa fue probablemente la única vez que me vengué. Vi el miedo en su cara. Estaba justo delante de mí, yo manejaba el coche y él estaba en el techo. Podría haberlo matado en ese momento, pero lo que disfruté fue quitarle el control. Vi el miedo en su cara. Yo creé ese miedo en su cara. Acabé parando para que se bajara del techo y luego me arranqué.

Mi madre nos educó para no ser racistas, así que ninguno de nosotros/as lo es, pero yo aprendí después de que abusaran de mí que lo único que podía decir para hacerle daño era llamarle “indio”. Esa era mi única arma para hacerle daño después de que abusara de mí, después de que me violara. Físicamente, solía darme palizas terribles, yo gritaba durante horas y le decía “indio”.

Era lo único que podía decirle; esa era mi respuesta a sus abusos. Mi padre siempre lo odió, y mi padre era racista. De ahí vino la palabra “indio”, así es como mi padre siempre se refería a él.

Creo que una de las cosas que me impidió irme fue no tener dinero. No tenía dinero y él me ocultaba el dinero. Esa fue una de las cosas más importantes: no tener dinero. Era parte de su control sobre mí y para mantenerme allí. Y si no tienes adónde ir, nadie te acoge.

“

él me ocultaba el
dinero [...] Era parte de
su control sobre mí.

”

Con él, tuve muchísimas veces los ojos amoratados. Tanto mi padre como el padre de mis hijas/os me golpeaban principalmente en la cabeza. Con mi padre, nadie lo sabía; iba a la escuela con grandes chichones por toda la cabeza, el pelo arrancado y cosas así, pero con el padre de mis hijos, había muchos ojos amoratados.

Solía violarme todo el tiempo. Cuando lo hacía yo empezaba a gritar. Siempre que abusaba de mí, me ponía a gritar. Siempre. Porque no sentiría tanto el dolor si seguía gritando, estaría “ahí arriba” en alguna parte. Con los gritos, me alejaba mucho del dolor físico. Descubrí eso de niña, no sé por qué.

Cuando empezaba a gritar, mis tres hijas/o mayores siempre entraban corriendo y eso, normalmente lo paraba. Aunque no a la más pequeña, todos la protegíamos. Pero, una noche me estaba violando analmente, entonces empecé a gritar y mis hijas/o entraron corriendo, así que, naturalmente, paró. La noche siguiente, empezó a hacerlo de nuevo, así que empecé a gritar. Y él dijo, “los/as niños/as pueden entrar y ver lo que estoy haciendo, pueden entrar, no voy a parar”. Así que dejé de gritar. Esa noche, tuve que agarrarme con fuerza de la puerta mientras me violaba analmente, mientras mis tres niñas/os gritaban y golpeaban la puerta. Tuve que agarrar la puerta para que no pudieran entrar porque él iba a dejar que vieran lo que me estaba haciendo.

Tenía que cambiar. Tenía que convertirme en alguien diferente. Me habría muerto. No podía seguir así.

Dejé a mi marido cuando tenía 27 años. Siendo católica, fui un poco rebelde al dejarlo. En ese periodo, desde que me casé con él a los 16 hasta los 27, había sido “obediente”. Cuando anteriormente había intentado escapar, tenía que meter a cuatro bebés dormidos en el coche, tenía que llevarlos a todos por separado, al coche, para escapar durante la noche, sin saber nunca adónde iba a ir porque no tenía a nadie que me acogiera. Yo entraba en el coche, lo intentaba prender y él salía con alguna pieza del motor en la mano. Siempre sacaba una pieza del coche para que yo nunca pudiera escapar.

Entonces, un fin de semana, se iba a ir a un viaje de pesca, nunca lo había hecho antes. Fue un sábado por la mañana, temprano. Yo tenía a los de la mudanza organizados para el sábado por la tarde. Era todo lo que podía hacer. Así que, lo que me llevara, eso era todo, nunca podría volver y llevarme nada más. Pero me escapé ese sábado por la tarde con las/o niñas/o.

Mi madre trabajaba en el sector inmobiliario. No estaba en contra de que me fuera, simplemente lo aceptó y me ayudó a rentar una casa para las/os niñas/os y para mí en su zona. Tenía que escapar, mis hijas/o no estaban seguras y yo me hacía sobredosis todo el tiempo. Tenía que salir o moriría.

Mi amiga de cuando tenía 13 años vio a mi ex marido y siguió hablando con él algunas veces después de que yo me fuera, y me contó lo que decía de mí a todos los vecinos y a cualquiera que quisiera escuchar. Sólo quería quedar como el bueno y que yo era la mala.

Soy mejor persona que él. En mi corazón siempre supe que soy una buena persona. Todos esos años de sufrir abusos y de que nadie interviniera, era difícil seguir pensando que era una buena persona, aunque sé que lo era. Y fui una buena hermana mayor; cuidé de mis hermanos todo el tiempo y de mis hijas/o. Siempre supe que tenía un buen corazón, y mi abuela, mis tías abuelas y mi bisabuela sabían que yo tenía un buen corazón.

Recuerdo una vez en casa de mis padres, en Sídney, que estaba lavando los platos con mis dos hermanos. Tendríamos unos veinte años o algo así. Yo estaba lavando, secando, y todos nos dimos la vuelta y mi padre se me acercó a través de la cocina, y fue absolutamente condenatorio. Iba a hacerme daño, mi padre, me miraba con maldad, no a mis hermanos, y se acercaba lentamente hacia mí. Y mis dos hermanos, que entonces eran más altos que yo, se pusieron delante de mí y mi padre retrocedió y se fue.

Esa fue probablemente la última vez que mi padre se acercó a mí con violencia. Mis dos hermanos se pusieron delante de mí. Siempre conocieron mi naturaleza. Los más jóvenes no. Los más jóvenes crecieron escuchando que yo era una mala persona. Siempre creí que mis padres cambiaron mi historia para quedar mejor. Entonces, culpaban a mi abuela.

He tenido sobredosis y me han lavado el estómago muchas veces. Sólo dos amigos lo saben. Empecé cuando tenía 13 años. La única razón por la que sabía que era posible tener una sobredosis era porque, aunque no se me permitía mencionar el nombre de Marilyn Monroe

“

Y mis dos hermanos, que entonces eran más altos que yo, se pusieron delante de mí y mi padre retrocedió y se fue.

”

porque éramos católicos, y para un católico, ella era una zorra, pero, como leía mucho, sabía que murió por sobredosis de pastillas, así que por eso supe cómo debía tomar pastillas. Mi abuela tomaba pastillas, pero no sabía lo que yo hacía.

Después de dejar a mi ex marido tuve dos sobredosis y acabé en el hospital, fueron las dos peores sobredosis. Me dijeron que había muerto. Cada vez eran más graves las sobredosis. Había guardado varias pastillas, las había contado. En aquella época, los médicos te recetaban cosas, pero yo no las tomaba, las acumulaba. Estaba realmente planeado. Después de la segunda vez que me dijeron que había muerto, supe que realmente necesitaba ayuda, de lo contrario me iba a morir. Y eso me asustó, esa segunda vez realmente me asustó. Fue entonces cuando realmente supe que necesitaba ayuda, y fue entonces cuando encontré a mi psiquiatra, y todavía voy con él: El mismo hombre desde hace 30 años.

Me faltaban unos días para cumplir 38 años cuando lo conocí y fue entonces cuando empecé a pensar que no todo era culpa mía. Mi terapeuta nunca me ha dicho lo que tengo que hacer. Me guía, en cierto modo me ha educado en estos 30 años. Mi psiquiatra me dijo que nadie me educó cuando era niña. Él ha sacado la inteligencia de mí. Me ha educado, ha hecho tanto por mí, este hombre.

Siento que mi vida nunca fue realmente estable. Cuando dejé a mi ex marido, ya había estado saliendo con un hombre con el que acabé casándome; me mudé sólo con mis hijas/o y no mucho tiempo después, él también se mudó a la casa.

El segundo hombre con el que me casé no era abusivo como mi padre y el padre de mis hijas/o, pero era bebedor y fumaba mucha marihuana. No me pegaba ni nada, pero una vez me aventó a través de una mesa de cristal y me tuvieron que coser 19 puntos. Me tiró un martillo. Fui a la estación de policía y lo denuncié. El policía me dijo: “Eso es agresión con arma mortal”. Lo denuncié. Sucedieron algunas cosas más y me aseguré de que estuvieran denunciadas, por si alguna vez necesitaba utilizarlas, aunque no le levanté cargos.

Pero, por lo general, todo a mi alrededor estaba destrozado. Nunca me dio un puñetazo; nunca hizo eso; me hizo daño de otras maneras. Así que, aunque no me maltratara físicamente, sigo con los recuerdos, algo así. Sigue siendo maltrato. Lo dejé, pero seguimos en contacto.

Después de separarme, salí con dos hombres en ese tiempo que no estuve con él, y uno de ellos era un fiscal de la policía.

Fue raro; acabó diciéndome que yo era demasiado recatada para él. Me aferro a eso de vez en cuando. Es tan bonito, después de cómo me habían tratado en mi vida, que este fiscal de policía me dijera que era demasiado recatada. Eso me gustó. Es mejor a que me llamen puta, ¿no? Que me digan que soy “demasiado recatada”. Fue agradable; fue como un honor que este hombre me dijera que era demasiado recatada. Supongo que vio que yo también tenía un buen corazón, pero mi corazón era demasiado bueno para él, así que fue agradable.

Mi hija sobrevivió nueve años y tres cuartos con un tumor cerebral y fue operada dos veces.

Siempre supe que al final iba a morir. Mi otra hija, la mayor, tuvo cáncer de mama. Hice 99 días de radioterapia con las dos y mucha quimioterapia. Estuve allí todos los días. Me pasaba las noches leyendo sobre budismo y escribiendo, para recordarlo. Pasaba la mayor parte de las noches intentando encontrar algo que me ayudara. Porque en ese entonces ya no creía en nada católico.

Caminé cada paso del camino con ellas; los llevé a todas sus citas. Estuve muy ocupada durante muchos años. Pero ya no era la hija obediente, sino que era una buena madre para mis hijas/o. Acompañé a mis hijas en todo momento y estoy orgullosa de ello. La doctora del hospital me dijo justo antes de que mi hija muriera: “Lo que has hecho por tus dos hijas, eres una heroína”. Los médicos creían que yo era una heroína. Fue muy bonito recibir ese reconocimiento. En secreto siempre supe que era una buena persona, siempre.

Mi hija mayor, que tuvo cáncer de mama, sigue viva, pero no me habla desde hace tres años. Ella creía que todo era culpa mía y que su padre era un buen tipo, pero yo no puedo decirles a mis hijas/o la verdad sobre su padre.

Es difícil perdonar muchas cosas, sobre todo cuando una hija no me habla porque cree que yo soy “la mala”. Pero no puedo contarles lo que pasó. No puedo decírselo a mis hijas/o. Y en muchos sentidos, no necesitan saberlo. Ya fue bastante malo para ellas/él, cómo crecieron.

Mi hija vive en la casa de su padre, la casa que dejé, que solía ser mi casa. Mi hijo Jack, y yo, no creemos que sea muy bueno para su mente

“

“sí, mamá, pero cada mañana me despertaba y veía tu cara destrozada”.

”

estar en un lugar como ese. Mi hijo y yo no pasaríamos una noche allí. Para mi hijo y para mí es la Casa de los Horrores.

Apenas la semana pasada me dijo: “Mamá, ¿por qué dormías conmigo a veces?”, cuando vivía con su padre. Y yo le dije: “Bueno, después de ser abusada, no te metes en la cama con el abusador. Tú tenías la cama más ancha en aquellos días, así que, me iba a dormir contigo”. Me dijo: “sí, mamá, pero cada mañana me despertaba y veía tu cara destrozada”.

Me lo contó la semana pasada, y ahora tiene más de 40 años. Me preguntó: “¿Qué edad tenía yo, mamá, cuando dije lo que le iba a hacer a mi papá cuando fuera mayor?”. Y yo le dije, “mm, tendrías unos siete años”, porque era su edad cuando dejé a su padre.

Iba a atacar a su padre para defenderme cuando fuera mayor.

Pensé que él había escapado de la violencia doméstica. Pero nadie escapa de ella. Creo que, si eres una víctima, nunca te abandona del todo. Fue triste que dijera: “Me despertaba, mamá, y veía tu cara destrozada”. En cierto modo es importante para mí que lo recuerde, no es bueno para él, pero hay alguien que lo reconoce; que recuerda que mi cara estaba destrozada. Es como: “Vaya, no estoy sola”. No hablo de ello. Puede que hable de ello con mi psiquiatra, pero no con mis hijas/o. Pero mis hijas/o lo recuerdan.

Cuando era mayor, tuvo dos peleas con su padre. Su padre vive en WA y yo no menciono su nombre. Se lo conté a mi hermano y me dijo: “Ay, eso es terrible, es triste. Es muy triste”,

refiriéndose a que mi hijo se hubiera peleado con su padre. Y yo pensé: “No tienes ni idea. Ni idea. No viviste conmigo todos esos años”.

El padre de Jack se volvió a casar y siempre que mi hijo ha estado en casa de su padre, le dice: “Papá, deberías estar en el Registro de Delincuentes Sexuales de por vida”. Así que su padre se la pasa cerrando puertas para que su mujer no pueda oír nada de lo que le dice mi hijo. Mi hijo le dijo estas cosas. Es bonito que alguien te defienda de vez en cuando, aunque sea tu hijo. Hablamos bastante a menudo, aunque no vivimos cerca. Siempre viene a verme en Navidad. Es bebedor y tiene otros problemas de salud. He aprendido que a veces hablar con mi hijo no es necesariamente bueno.

Tan sólo a principios de este año, me llamó muy alterado porque quería saber si había nacido como producto de una violación. Le dije que no. Le dije que tenía 19 años, que no había nacido de una violación ni nada parecido. No puedo decírselo a mis hijas/o.

Ser un bebedor y tener sus condiciones de salud no es una buena mezcla. No quiero ser facilitadora con mi hijo para su forma de beber. Terminó en cuidados intensivos a principios de este año. Cuando está borracho, esas cosas pueden surgir. Así que no puedo decirles nada a mis hijo/as; tengo que tener mucho cuidado, sobre todo con mi hijo.

Tengo mucha suerte de tener un hijo con buen corazón.

Mi otra hija vive no muy lejos del norte. No tiene ningún contacto con él. Ni siquiera había

“

No puedo decirles
nada a mis hijo/as;
tengo que tener
mucho cuidado.

”

cumplido cinco años cuando me fui y, de vez en cuando, iba a ver a su papá de vacaciones y me contaba que se pasaba los días sentada fuera en el coche, cosas así. Así que descubrió por sí misma cómo era. Lo aprendió por sí misma.

Y no lo recuerda, sólo tenía cuatro años. No creo que lo que pasó vaya a estar en su cabeza. Ha vivido una buena vida, ha encontrado a un buen hombre, tiene tres hijos muy buenos, una casa bonita, muchos animales y lo que sea, tiene una buena vida. Estoy orgullosa de ella.

Ella no ha sido jalada por él, como lo han sido en sus vidas mi hijo y mi hija mayores. Escucho, pero no me meto en ello. No digo nada en contra de su padre a mi hija, sólo escucho.

Ella me ha dicho que no necesita saberlo. La menor no quiere saber nada de lo que pasó.

Odié a mi padre toda mi vida. Solía referirme a mi padre a sus espaldas como “el viejo cabrón”. Así es como pasé mi vida refiriéndome a él. “El viejo cabrón”. Eso solía molestar a una de mis hijas. Pero yo no iba a cambiar. Cuando era joven, solía decir que viviría en la calle antes de volver a vivir con esa familia. Pero entonces seguía siendo la hija obediente. En los últimos cuatro años de su vida, estuvo en una residencia de ancianos y yo iba todas las noches a las cinco y le daba de comer. Creo que, para empezar, era mi deber, lo que tenía que hacer por las personas en mi vida que no estaban bien.

Así que durante cuatro años fui todas las noches a las cinco a darle de comer, porque no había personal suficiente para alimentar a la gente de la residencia. No me di cuenta hasta después de su muerte de que eso era compasión.

He pasado muchos años cuidando a personas. A mi madre la ayudé a vivir los últimos diez años de su vida. Iba a su casa y le daba de comer. La llevaba a todas partes. La llevaba a misa todo el tiempo. Hice todas esas cosas. Mis dos hijas con tratamiento para el cáncer. No sé de dónde sacaba la energía, corriendo en círculos. Yo era más joven entonces.

No me propuse tener compasión. En ese momento no lo entendí. Y no aprendí esa lección hasta después de la muerte de mi padre. La compasión para los budistas es muy liberadora. Puedes perdonar a la gente. Por eso, perdoné a mi padre totalmente. No tenía que hacerlo.

Mi padre realmente no reconoció lo que me hizo, tenía demencia. Pero me dio muchas pequeñas reflexiones. No tengo nada en contra de mi padre por lo que me hizo. En cierto modo se convirtió en un anciano amable en la residencia. Ese anciano gentil que fue en los últimos cuatro años de su vida, si no hubiera sido alcohólico, podría haber sido un hombre gentil toda su vida. Lo cual es triste. Realmente triste.

Ya no me refiero a él como “el viejo cabrón”. El año anterior al fallecimiento de mi madre, la iglesia católica local celebró su aniversario: Todas las altas figuras de la Iglesia estaban allí. Y uno en particular -no reconoceré su supuesto título- no lo haré por ese hombre. Tuvo que subir por escaleras a todos los arcos de la iglesia y encender velas, hay muchos arcos.

Y, donde mi madre y yo estábamos sentadas, había un arco. Mi madre y yo tuvimos que agacharnos para que él llegara al arco y subiera por la escalera. Y yo estaba sentada justo al lado

del arco y él subió para encender la vela. Mientras bajaba por la escalera estaba asustado y miraba hacia abajo y, naturalmente, yo estaba justo ahí contra la escalera y mientras bajaba, nos miramos a los ojos.

Nunca olvidaré el miedo que vi en sus ojos. Tenía miedo de subir esas escaleras. En aquella época, todo el asunto de la Iglesia católica y los abusos sexuales a menores no había salido a la luz. Entonces no se sabía.

En ese momento él era muy importante en la Iglesia Católica. Pero era un simple hombre mortal. Él no es nada. No está en el pedestal en el que lo han puesto. Vi miedo en sus ojos. Realmente nos miramos el uno al otro. Él me miró a mí. Fueron más de un par de segundos. No aparté la mirada. No iba a bajar la mirada ante él. Bajar la mirada habría sido respetuoso, pero no lo hice. Él tendría que quitarse mi mirada de encima. Yo no iba a hacerlo; estaba siendo desafiante. No iba a bajar la mirada y ser respetuosa. Sólo eres un hombre. ¿Por qué debería bajar mi mirada ante ti?

Él tuvo que apartar la mirada. Fue como entrar en guerra con uno de los católicos de más alto rango en Australia. No bajé la mirada. Fui desafiante. Lo recuerdo claramente. Fue un momento muy importante en mi vida.

No sentí pena por él. Se podría haber caído, roto el cuello y yo me habría quedado allí sentada; no le habría ayudado. Eso suena bastante insensible, pero no tengo que arrodillarme por ningún hombre. Me lo he ganado. Fue sólo cuestión de segundos, pero gané esa ronda.

“

No iba a bajar la mirada
ante él. Bajar la mirada
habría sido respetuoso,
pero no lo hice.

”

En cuanto murió mi madre, no volví a ir a la iglesia. Tuve que llevarla a la iglesia ni a todas las ceremonias católicas y demás; ya no necesitaba hacerlo. Nunca levantaré la mano y diré que soy católica. No necesito ser católica; lo que cuenta es lo que tienes en tu corazón. Creo que hay un Dios, pero nunca volveré a ser católica porque gran parte de ser católica formaba parte de los abusos.

Pero la fe ha sido importante para mí. Con la muerte de mi segunda hija, necesitaba creer que hay vida después de la muerte. Mucha gente dice: “no, no la hay”. Pues yo necesitaba creer que sí hay vida después de la muerte, porque quiero volver a ver a mi hija y a mi abuela. Incluso a mi madre y a mi padre, que en su vejez llegaron a ver la bondad que había en mí. Sí, necesito creer que hay vida después de la muerte. Pero no necesito ser católica para tener esa creencia.

Cuando todo ese asunto de la iglesia católica estaba pasando, la Comisión Real, realmente lo seguí. Lo seguí mucho. La gente merecía justicia, y mucha gente estaba obteniendo justicia, pero yo no podía obtener justicia de la iglesia católica. Lo intenté. Así es como empecé mis esfuerzos por buscar justicia; intenté hablar con gente de la Comisión Real porque, para mí, yo estaba bajo el cuidado de la iglesia católica y de las monjas cuando sucedieron los abusos. Debería haber estado en la escuela. Pero la Comisión Real no estaba interesada en eso porque no abusaron de mí en la escuela católica o por alguien que estuviera en la escuela.

Fui dos veces al Tribunal de Menores. El abogado me cobró unos 6.000 dólares por ir dos veces al Tribunal de Menores conmigo, y mi ex marido se

libró, así que no podía permitirme gastar más dinero en él. Así que nunca pagó ni un céntimo de manutención. Ni un céntimo pagó ese hombre, por mis hijas/o. Y podría haber hecho la vida un poco más fácil, pero no lo hizo. Así que, sí, nunca pagó un centavo a sus hijos, ni un centavo. Es difícil dejar ir el asunto del padre de mis hijos. Con él, tendría que ser un caso civil, y no vale la pena porque nunca pagó un centavo de manutención para mis hijas/o porque yo lo dejé.

Ni un céntimo. Cuando murió mi hija se ofreció a pagar la mitad de los gastos del funeral. Ella también era su hija. Mi hija menor me miró y me dijo: “¿de verdad le creíste?”. Es lista. El funeral costó más de 10.000 dólares. Él nunca pagó.

Encontré Servicios para Víctimas. Creo que llamé a *Beyond Blue* o a un centro de ayuda, y me dijeron que quizá Servicios a las Víctimas podría ayudarme. Esta mujer de los Servicios para Víctimas habló conmigo, debieron ser tres horas, y probablemente es la primera persona de fuera a la que le he contado todo eso. Cuando hablamos, llegué a contarle lo que había vivido hasta mis 27 años y se acabó el tiempo. ¿Qué iba a hacer? ¿Hablar con ella todo el día? Cuando terminé con eso, creo que ella pensó que eso era todo, que ahí había sido el fin del abuso.

Así que puso cinco reclamaciones; no podía poner más de esas. Así que mi solicitud a los Servicios para las Víctimas terminó con los abusos que sufrí hasta los 27 años. Pero los abusos que sufrí duraron mucho más. Sobre todo, los abusos físicos. El Servicio de Atención a las Víctimas no seguiría adelante con la solicitud hasta que yo denunciara cinco delitos a la

policía. Me retrasé con el proceso de los Servicios para las Víctimas. Tenía que denunciar a mi padre. Me preguntaron: “¿Quieres que lo arresten?”. Pero mi padre estaba muerto. Me preguntaron si tenía los nombres de los otros hombres para denunciarlos, y les dije que no. La denuncia estaba ahí para que el Servicio de Atención a las Víctimas pudiera continuar, pero no acusaron a nadie. Sólo conocía un nombre. En aquel momento pensé que habría que acusar a los que estaban vivos, y no quería pasarme el resto de mi vida mirando por encima del hombro.

Tenía miedo de que me identificaran y de que no fuera confidencial. Así que lo procrastiné. Mi amiga, la que venía, se sentaba conmigo y me contaba historias mientras me dormía con las pastillas, ella era la que recordaba. Yo no recordaba ningún nombre de esos hombres y ella dijo, “¿cómo podría olvidarlo?”. Y me dijo su nombre, y me dijo que yo le había dicho que era un líder.

Hablo con el padre de mis hijas/o de vez en cuando y él sabía lo de esos hombres. Fue él quien me recordó lo de las piedras en el techo. En cuanto lo dijo, me acordé. Esos hombres abusaban de mí, él también abusaba de mí, pero me había olvidado de las piedras hasta que él me lo recordó. Así que sabía lo de los abusos, pero mientras consiguiera lo que quería, le daba igual lo que hicieran los demás.

Finalmente, fui al centro de la policía el año pasado. Pensé que allí iba a ser anónima y nadie me iba a conocer. Dije: “nada de hombres, sólo quiero hablar con una policía mujer”. Pero cuando llegué, había dos detectives, un hombre y una mujer. Pero enseguida supe que era un

“

Me creyeron, les conté
mi historia y fueron
muy comprensivos,
empáticos.

”

buen tipo. Me creyeron, les conté mi historia y fueron muy comprensivos, empáticos. Fueron muy amables. La conversación fue una sola vez. Me llevaron a una habitación y enseguida acepté al detective varón.

Mi psiquiatra es un hombre, todos estos años. Los hombres también son buenos, no todos son malos. Pero cuando era joven, muchas veces veía a los hombres como los malos. Esa fue la primera vez que pude levantar la cabeza y contar mi historia. Antes de eso, mi psiquiatra y mi amiga eran las únicas personas que conocían toda la historia de mi vida.

Mi psiquiatra recuerda cuando ni siquiera podía caminar por la calle. Así de acomplejada estaba. Ni siquiera podía caminar por la calle. Pero, de nuevo, tengo casi 68 años y lo conocí justo antes de cumplir 37. He tardado mucho tiempo en poder hablar de ello.

Una vez que hablé con esos dos detectives de policía me resultó más fácil, puedo hablar de ello, tengo buenas amistades que conocen un poco mi historia. Nadie, excepto esas dos personas, conocerá toda mi historia. Pero me siento cómoda porque ahora puedo hablar de ello. Me ayudó porque el detective me dijo: “¿quieres levantar cargos contra alguien?”. Y yo dije que no.

Desde entonces, ha sido más fácil hablar de ello. Antes nunca podía hablar de ello. Al menos con el Servicio de Atención a las Víctimas, ha sido reconocido. Mi vida ha sido reconocida a través de los Servicios a las Víctimas, los abusos hasta los 27 años. Por lo que me hizo el padre de mis hijos, recibí 10.000 dólares. No es el dinero. Es

como si le hubieran puesto precio a algo. No es culpa de ellos, pero mi ex marido me hizo mucho más que eso. Supongo que tengo que dejar ir a esos hombres, de cuando iba a la escuela. Pensé que podría dejarlo todo en el pasado y seguir adelante. Ahora tengo 67 años, y no quiero seguir viviendo con recuerdos y con odio en mi corazón. Intentaba deshacerme de todo eso. Desde que fui a la estación de policía, esos hombres no están tan presentes en mi mente.

El otro día fui y me senté delante de la casa de mis abuelos. Me senté allí y pensé: “No tenía opciones”.

Cuando salía del frente de la casa, solo tenía dos caminos para ir hacia la estación y ellos me iban a encontrar. Así que, fue como, tal vez eso fue un poco liberador. “No fue mi culpa”. Esos hombres no son tan prominentes en mi cabeza ahora. Mientras que el padre de mis hijos sí.

Es difícil dejar ir al padre de mis hijos, y especialmente viendo que tengo una hija que no me habla desde hace tres años porque piensa que su padre es increíble. Hablé con él hace cinco o seis años. No volveré a hablar con él en toda mi vida. Le pregunté por qué abusó de mí. “¿Por qué me violaste y me golpeaste?”. Y él lo pensó, y dijo, “porque me llamaste indio”. Y yo dije, “pero sólo te llamé así después de que abusaste de mí”.

Supongo que no es bueno tener odio en el corazón, pero no me veo nunca perdonando completamente al padre de mis hijos. No puedo, porque lo que me hizo nunca será reconocido. Hace una semana o así, mi amiga me llamó y me dijo: “Rápido, pon las noticias”. Se trataba de

una mujer que había matado a su marido, apuñalado a su marido. Él la había atacado con la plancha. Y la policía la mantuvo en una celda con una fractura en la cuenca del ojo, un hombro dislocado y algo más roto.

Hubo todo este abuso de él, ella termina apuñalándolo y mira cómo la trató la policía. Esa pobre mujer, lo que le hicieron. ¡En serio! Puedo entender por qué las mujeres matan a sus maridos, puedo entenderlo. Cuando estás atrapada en ese abuso, sólo tienes que sobrevivir.

Yo también tenía cuatro hijas/o que tenían que sobrevivir, ir a la escuela todos los días y hacer de todo, tenía que darles de comer, todo. Y no veo cómo una mujer que viene de la violencia puede ser encerrada por asesinar a su pareja violenta. Nunca podré creer que me liberaré del odio hacia él; el padre de mis hijas/o. Creo que nunca me abandonará. Ese es el límite de mi compasión.

No sé si es posible que muera con el corazón tan ligero como una pluma porque tengo odio en el corazón.

Mi segundo marido intenta ser un buen hombre. Cuando mi hija tuvo el tumor cerebral, se portó muy bien con ella y conmigo. Yo vivía en un departamento minúsculo y él en una casa de dos habitaciones. Yo estaba sola y él nos acogió en su casa. Nos quedamos allí porque había mucho espacio. Había un patio trasero y otro delantero, mientras que yo estaba en un departamento pequeño sin balcón. Se portó muy bien conmigo. Era su manera de recuperarme; ahora lo veo.

Me encanta el espacio en el que vivo ahora, sobre todo cuando él no está. Está en Sídney toda la semana y sólo está los fines de semana. Supongo que, en cierto modo, me estropea la serenidad porque cuando él está allí tengo esos recuerdos. Es como si de muchas maneras, me hubiera liberado del abuso, pero todavía estoy en una situación similar con los recuerdos. Y aunque intente ser una buena persona, no puedo olvidar. Tengo una cicatriz en el brazo de cuando me aventó a través de la mesa, y no puedo apoyar el brazo en la mesa cuando leo; tengo que ponerme un cojín debajo del brazo.

Así que, básicamente todos los días, los recuerdos están ahí con el cojín bajo el brazo, veo las cicatrices. Con las cicatrices puedo; se trata más de los malos recuerdos que me trae.

Él sabe que recuerdo todos los días. Tiene un problema de ansiedad, si le entra la ansiedad es como si le estallara la tapa de los sesos. Puede que salga, puede que insulte un poco enojado, normalmente no hacia mí; no nos peleamos. Le digo “violencia verbal” y se detiene. Maneja todo lo que le digo, pero yo le llamo la atención por todo eso.

Está en Sídney durante la semana y va a ver a mi hermano todos los viernes, así que comparte esa responsabilidad. No le pedí que me ayudara con mi hermano, no tiene por qué hacerlo. Vivió a tiempo parcial con mi madre durante varios años, se preocupaba mucho por ella, por eso ayuda a cuidar de mi hermano.

No me refiero a él como mi pareja. No quiero un hombre en mi vida. Terminé con los hombres hace mucho tiempo.

Él lo respeta bastante. No me acosa; no hay nada de eso.

Mis límites son claros, la violencia no está bien en absoluto. No siento que necesite depender de nadie para seguir haciendo lo que quiero, me siento cómoda siendo yo misma.

Quizá sea parte de ser mayor y más sabia. Quizá es parte de ello. He estado descubriendo sobre la “agencia”, mi psiquiatra me ha animado durante todos estos años a hacer algunas cosas.

Nunca me dice lo que tengo que hacer, pero desde que mencionó la palabra “agencia”, la oigo con más frecuencia. Es una palabra importante, “agencia”. No obedezco a nadie, me sale de dentro.

Ya no tengo que complacer a nadie. Hace seis meses que no me pinto el pelo. ¿Por qué?, ¿Por qué tengo que pintármelo?, ¿Por qué? Ya no tengo que complacer a nadie; puedo ser yo misma y sentarme a leer y a disfrutar de la naturaleza. Sé que soy una persona fuerte. No se llega a esta edad sin haber ganado algo de sabiduría, yo he ganado algo de sabiduría.

Mi Kit de Seguridad

[Mi Kit de Seguridad](#) - Un material de reflexión diseñado para apoyar a las personas que están, o podrían estar viviendo violencia interpersonal y familiar.



www.insightexchange.net/espanol-explora/

Sígueme a Mí

[Sígueme a Mí](#) es un material diseñado para mejorar la comprensión de las personas que están respondiendo al control, el abuso y la violencia.



www.insightexchange.net/espanol-explora/

INSIGHT EXCHANGE

www.insightexchange.net/espanol

Insight Exchange centra los conocimientos expertos de las personas con experiencia vivida de violencia interpersonal, familiar y sexualizada. Está diseñado para informar y fortalecer las respuestas sociales, sistémicas e institucionales a la violencia y el abuso.

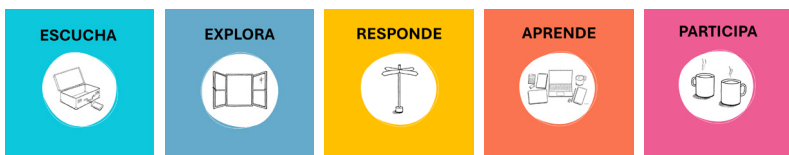
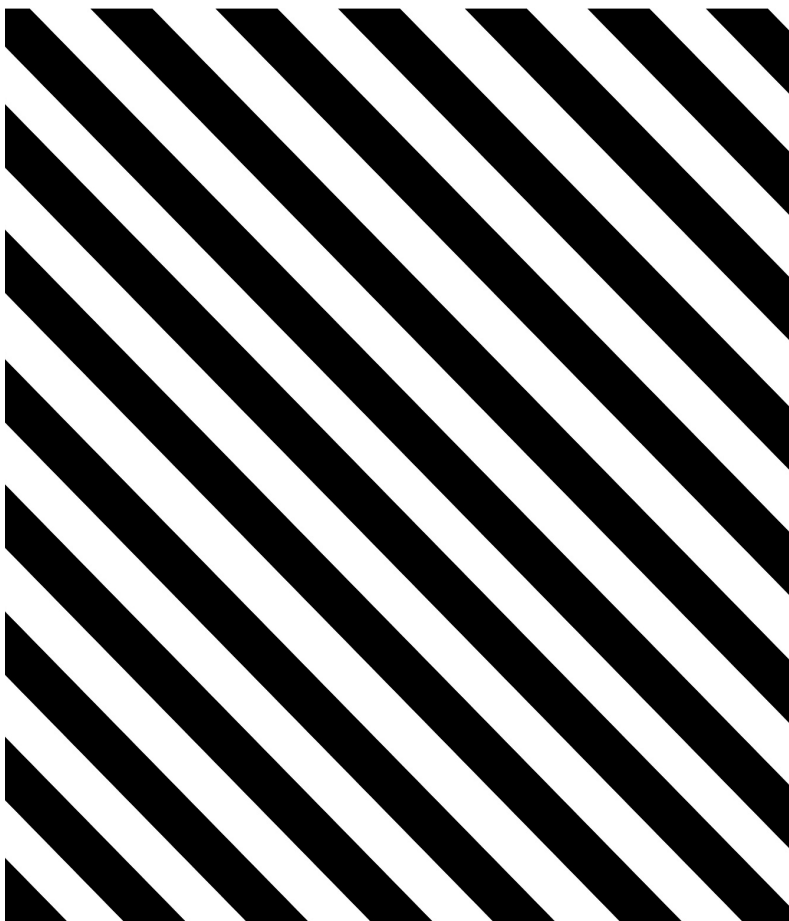
Insight Exchange proporciona información, reflexiones y materiales gratuitos (donados) a personas de cualquier comunidad, servicio o sistema.

Lee más sobre cómo usar Insight Exchange:
www.insightexchange.net/espanol

© 2025 Insight Exchange.



Insight Exchange honra a los Pueblos Indígenas en México. Reconocemos el derecho de los Pueblos Indígenas en México a la auto-organización, autogobernanza y autodeterminación. Rendimos nuestro respeto a lxs Ancestxrs, Ancianxs y Comunidades Indígenas y a la propiedad colectiva de sus tierras. Honramos a todos los Pueblos Indígenas de México, y reconocemos a todxs quienes han mantenido sus formas de organización comunitaria arraigadas en la resistencia contra las opresiones del Estado.



Los menús del sitio web de Insight Exchange incluyen escucha, explora, responde, aprende y participa.

INSIGHT EXCHANGE

Escanea el código QR para explorar www.insightexchange.net/espanol

La página web tiene un botón de salida rápida.

